

Volver a las raíces: la influencia de Ian D. Suttie en el psicoanálisis británico¹



Gabriele Cassullo²
Universidad de Turín

ABSTRACT

This article discusses several ideas of the Scottish psychiatrist Ian D. Suttie concerning childhood and the nature of mental suffering. Suttie is seen as the prototype of a British Independent psychoanalyst because he combined a thorough knowledge of Freudian theory with a “structure of feeling” grounded in both British psychology and the Hungarian psychoanalytic tradition originated with Ferenczi. The author also highlights how a number of prominent contemporaries in psychology and psychiatry, including William McDougall and W. H. R. Rivers, played a significant role in the development of such a “structure of feeling” in British psychoanalysis.

RESUMEN

Este artículo trata varias ideas del psiquiatra escocés Ian D. Suttie sobre la infancia y la naturaleza de los padecimientos mentales. Suttie es considerado el prototipo del psicoanalista independiente británico debido a que combinaba un conocimiento cabal de la teoría freudiana con una “estructura de sentimiento” basada tanto en la psicología británica como en la tradición psicoanalítica húngara originada con Ferenczi. El autor también destaca que algunos psicólogos y psiquiatras contemporáneos como William McDougall y W.H.R. Rivers han tenido un papel significativo en el desarrollo de dicha “estructura de sentimiento” en el psicoanálisis británico.

DESCRIPTORES: HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS – TERNURA –
RELACIÓN MADRE-HIJO – AFECTOS – INTERSUBJETIVIDAD – RELACIÓN

¹ Título original del inglés: Back to the roots. The influence of Ian D. Suttie on British Psychoanalysis, publicado en *American Imago*, vol. 67, n.1, spring 2010. pp.5-22. Se publica en el presente número de la Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis con permiso del autor y del editor. Hay versión italiana: Alle radici della psicoanalisi britannica, publicado en Borgogno F., Vigna-Taglianti M. (2009), *Identificazione e trasmissione psichica fra gli adulti e il bambino*. Vol. 1. Borla, Roma (pp. 51-69).

² Psicólogo, doctorando en Ciencias Humanas en la orientación Psicología Clínica y de las relaciones interpersonales. Universidad de Turín. cassullo@libero.it. Corso Belgio 80. 10153 Turin. Italia.

KEYWORDS: HISTORY OF BRITISH PSYCHOANALYSIS – BRITISH INDEPENDENT GROUP – PSYCHOANALYTIC MOVEMENT IN BUDAPEST – STRUCTURE OF FEELING – TABOO ON TENDERNESS – MOTHER-CHILD RELATION – INTERACTION OF AFFECTS – INTERSUBJECTIVE PERSPECTIVE – RELATIONAL ASPECTS

Volver a las raíces: la influencia de Ian D. Suttie en el psicoanálisis británico

En este trabajo, a partir de la lectura del libro *The Origins of Love and Hate* del psiquiatra escocés Ian D. Suttie (1935), recientemente publicado en Italia gracias sobre todo al paciente trabajo de Franco Borgogno, me propongo analizar la subterránea influencia de Ian Suttie sobre muchos psicoanalistas ingleses. Ian Suttie es un autor que, como bien observa Elisabeth Young-Bruehl, ha recorrido en muchos aspectos “el camino no tomado por Freud” y encarna, en cierta manera, “el disidente que se esconde detrás de las espaldas del mismo Freud” (2004, p. 239). Además, en mi argumento me detendré en el rol que tuvieron algunos personajes relevantes de la cultura y de la psicología de la época de Suttie, como J. C. Flugel, W. McDougall y W. H. R. Rivers, en relación a los sucesivos desarrollos del psicoanálisis en tierra británica.

Historias de clandestinidad en los primeros tiempos del psicoanálisis británico

Antes de la rehabilitación “oficial” de Suttie³, cuando su nombre es finalmente ubicado entre los protagonistas de la historia del movimiento psicoanalítico (Wallerstein, 1988), *The Origins of Love and Hate* era uno de los “libros secretos”, para nada inusuales del psicoanálisis. Realmente, por largo tiempo, su misma existencia fue desconocida por la mayoría de la comunidad psicoanalítica. Probablemente esto haya ocurrido por miedo a que las ideas evocadas en él pudieran minar las raíces mismas de la teoría freudiana, especialmente en aquellos años tempranos; en verdad, un curioso destino para un libro cuyo autor señaló cómo: “La indiferencia y el descuido son las peores reacciones para quien está temeroso; menospreciar una manifestación de miedo puede resultar extremadamente traumático” (Suttie, 1935, p. 24).

Charles Rycroft ofrece un ejemplo esclarecedor al respecto. Rycroft —a quien

³ El principal protagonista en el reciente redescubrimiento del legado de Suttie es Howard Bacal, un seguidor de Heintz Kohut.

Christopher Bollas (1996) no duda en ubicar en un segundo lugar, entre los analistas británicos del grupo independiente, después de Donald Winnicott y antes que Mazud Khan y Marion Milner— declaró una vez que, a su parecer, el libro de Suttie no era para nada conocido entre los psicoanalistas ingleses de los años treinta, ni aun entre los miembros del Grupo Independiente, quienes realmente tienen con él una considerable deuda (Fuller, 1985, p. 17). Sorprende más que diga no tener recuerdo de haberlo leído, ya que lo cita en su entrada sobre “Solipsismo” de su obra: *A Critical Dictionary of Psycho-Analysis*, Rycroft, 1968 (Fuller, 1985, 17).

Winnicott, por su parte, ha nombrado a Suttie en una única ocasión (Winnicott, 1967, p. 575) y lo hace “de una manera superficial” (Borgogno, 2007, p. 221), mientras Fairbairn parece que, casi intencionalmente deja a sus seguidores (en particular a Henry Guntrip y a John Sutherland) la tarea de identificar las numerosas conexiones entre sus propias ideas y las de su compatriota escocés (véase: Shaw, 2003; Clarke, 2006)⁴.

No obstante esta clara renuencia a mencionar abiertamente el nombre de Suttie, diversos analistas independientes comparten con él una similar “estructura de sentimiento” —según la adecuada frase acuñada por el crítico cultural y literario Raymond Williams y tomada prestada por Graham Clarke (Clarke, 2006, p. 5)—, en la que se refiere a la peculiar sensibilidad a los factores relacionales que Suttie había contribuido a difundir en tierra británica desde los años veinte. No podemos sin embargo saber en qué medida esa “estructura de sentimiento” se propagó en el Grupo Independiente por transmisión directa (una suerte de “contagio psíquico”) o a través de un circuito de “contrabando secreto” entre los psicoanalistas ingleses y sus discípulos, al igual que ocurrió con *Análisis del carácter* de Wilhelm Reich, al menos de acuerdo con los reveladores comentarios de Rycroft al respecto.⁵

⁴ Sobre las numerosas personalidades relevantes que Escocia ha dado al psicoanálisis, véase el ensayo de Gavin Miller (2008): *Scottish psychoanalysis. A relational religion* (2008), donde el autor encara la cuestión del “espíritu de los *highlands*”: tipo peculiar de sensibilidad que Miller observó, por ejemplo, en el famoso psiquiatra y psicoanalista Ronald D. Laing, y en el menos famoso —pero igualmente importante— fundador de la Tavistock Clinic, Hugh Crichton-Miller. Curiosamente, distintos analistas y psiquiatras escoceses (incluido el propio Suttie) han gravitado en la órbita de la Tavistock. Otra notable excepción a la corriente principal del “tabú de la ternura” está representada por el psiquiatra escocés James A. C. Brown, quien en su obra *Freud y los posfreudianos* (1961) ha dedicado amplio espacio al pensamiento de Suttie y ha descrito su teoría como el más logrado intento de sistematizar la tercera mayor tradición psicoanalítica en Inglaterra, cercana a aquellas inspiradas por Melanie Klein y Anna Freud (Brown, 1961, p. 73 y sgtes.). Sobre psicoanálisis escocés, véase también Borgogno, 2007).

⁵ De hecho, Rycroft relata (1971a): “Cuando yo era estudiante, durante mi etapa de formación en el Instituto de Psicoanálisis, en Londres, 1940, ni bien comencé a tratar pacientes mi analista didacta me dejó una traducción mecanografiada de *Der triebhafte Charakter* de Reich, pero no recuerdo haber escuchado nunca nombrar a Reich en las conferencias oficiales” (p. 91).

También es justo decir que, al menos un analista británico, John Bowlby, nunca intentó esconder su propia deuda con el pensamiento de Suttie, por el contrario, la admitió insistentemente desde los años cincuenta y en 1988 se convirtió en el principal promotor de la re edición, en Inglaterra, de *The Origins of Love and Hate*, declarando en la introducción a la reimpresión:

A pesar de las circunstancias desfavorables, las ideas de Suttie nunca han muerto, siguieron candentes, para finalmente arder en llamas. Redescubiertas y reformuladas en varias ocasiones, aquellas ideas son hoy ampliamente compartidas, crecientemente aplicadas y fuente de inspiración de muchas investigaciones fructíferas (Bowlby, 1988, p. XV).

Bowlby también señaló que el conjunto de teorías de las que Suttie se ha hecho portavoz en Inglaterra tuvieron su origen en la comunidad psicoanalítica de Budapest, cuyos miembros “vieron” cómo el infante “se esfuerza desde los primeros días de vida en relacionarse con su madre” y postularon que esta experiencia relacional primaria era crucial para la futura salud mental del niño. En efecto, los primeros analistas húngaros (Sandor Ferenczi, Imre Hermann, Alice y Michael Balint, entre otros), como precursores de las ideas de Bowlby, sostuvieron explícitamente que:

La mayor parte de las diferencias en el desarrollo individual que inciden significativamente sobre el estado de la salud mental deben rastrearse o en diferencias en la forma en que los niños son tratados por sus padres durante la infancia, o en las experiencias precoces de separaciones o pérdida de las figuras parentales de referencia a las que los niños se habían apegado” (Bowlby, 1988, p. XVI).

En su Introducción al libro de Suttie, Bowlby llega al extremo de atribuirle a éste la paternidad de dos conceptos clave de su propio sistema teórico: el apego y la angustia de separación. El niño, según Suttie, no nace con un complejo conjunto de instintos preprogramados, sino con una simple tendencia a desarrollar un “apego” hacia la madre. Cuando esta tendencia primaria se frustra, el bebé experimentará una verdadera “angustia de separación” (Bowlby, 1988, p. XVII).

Pero además de los analistas citados hay otra importante figura en el inicio del psicoanálisis británico, también familiarizado con la “biología del amor y del interés” de Suttie, y que además sabía del énfasis que éste ponía en la relación entre la madre y el niño y en su idea de que el principal “inhibidor

del instinto” no es tanto el “miedo al padre” (como creía Freud) sino el “amor materno”. Me refiero a Marjorie Brierley, que precisamente había reseñado para el *International Journal of Psychoanalysis* tres ensayos “preparatorios” al libro de Suttie *The Origins of Love and Hate* (Brierley, 1933a, 1933b, 1934).

Aunque varias de las ideas teóricas de Brierley muestran claramente su deuda con Ferenczi⁶, es igualmente importante destacar que su marco conceptual también le debe mucho a la Academia Británica de Psicología, una tradición con la cual tuvo fuertes vínculos⁷. Creo por lo tanto que fue el encuentro entre la semilla de la herencia ferencziana proveniente de Budapest y el fértil terreno británico –un terreno preparado también por estos pioneros de la psicología– lo que permitió que madurase aquella común “estructura de sentimiento” que puede reconocerse en los trabajos de numerosos analistas del grupo independiente británico.

Junto con la influencia de John Rickman quien, como veremos es otro “embajador” del psicoanálisis húngaro en Gran Bretaña, Suttie y sus trabajos representan, ciertamente, uno de los principales escenarios de este proceso de articulación: tan es así que, como observó Peter Rudnysky (1991), su libro “contiene el germen de prácticamente cada una de las ideas elaboradas por los analistas posteriores” (Rudnysky, 1991, p. 6). Una de estas ideas es tratada en la introducción a *The Origins of Love and Hate*, donde Suttie escribe:

La concepción freudiana de la auto-expresión como un proceso de “des-tensionamiento” o de evacuación emocional me parecía ahora falsa y en su lugar imaginé una expresión como de ofrenda o estímulo dirigido a la otra persona, diseñada para provocar una respuesta mientras que el amor en sí mismo era, esencialmente, un estado activo armonioso de interacción. (Suttie, 1935, p.4)

Dicho concepto de la expresión emocional como una “propuesta que demanda una respuesta de los demás” (Suttie, 1935, p. 35), que introduce una perspectiva intersubjetiva en el proceso analítico, resurgirá en la década de 1950 cuando Rycroft propone, en su *An inquiry into the function of Words*

⁶ Véase, por ejemplo, *Affects in theory and practice*, donde Brierley (1937) escribe: “El infante usa su voz para transmitir sus sentimientos mucho antes de poseer palabras. Como subrayó Ferenczi, establece la comunicación con el mundo externo a través del lenguaje de la emoción (el llanto y el grito) mucho antes de aprender a hablar. La regresión al lenguaje de la emoción no es infrecuente durante el análisis de las situaciones infantiles tempranas” (Brierley, 1937, p. 265).

⁷ Algunos grupos dentro de esta tradición, cuyos representantes notables incluyen académicos como Flugel, McDougall y Rivers se fusionarán con la Sociedad Psicoanalítica Británica. Más adelante me extenderé acerca del significado de estas figuras.

in the Psycho-Analytical Situation, 1958, que el punto clave con respecto a los afectos en el análisis es que no sólo son observables, sino que también “tenden a provocar una respuesta en el observador”, de modo que “es la interacción de los afectos la responsable del sentido de contacto que es tan esencial en la situación analítica” (Rycroft, 1958, p. 415). Dicha consideración –como señala Franco Borgogno (1999)⁸– ya había sido expresada muchos años antes por Paula Heimann (1949) y sería luego desarrollada en la década de 1970 por Pearl King (1978).

Los conceptos teóricos que he expuesto hasta ahora pueden parecer bastante comunes a los analistas contemporáneos. Pero, por cierto, la fuerza y trascendencia excepcionales de las ideas de Suttie se evidencian plenamente cuando uno considera cuán familiares nos parecen hoy en día, *a pesar* de la negligencia oficial que encontró el libro de Suttie dentro de la comunidad psicoanalítica de su tiempo. Esta situación hace que sea particularmente interesante investigar cómo este conjunto de ideas –que circularon un poco clandestinamente en la Gran Bretaña de la pre-guerra–, comenzó a transformarse paulatinamente en parte de una forma compartida de concebir la salud mental y la práctica terapéutica, en la segunda mitad del siglo veinte.

Un entorno esencial para el intercambio de ideas y experiencias psicoanalíticas

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, el Profesor J.C.Flugel, un eminente psicólogo académico y uno de los fundadores de la Sociedad Psicológica Británica, escribió una monografía titulada *Man, Morals and Society*, (1945). En este libro cita a Suttie y su “tabú de la ternura” para respaldar su punto de vista de que “la mayoría de las formas de agresión, delincuencia, angustia, junto con la sed de poder o admiración, son productos del amor frustrado” (Flugel, 1945. p.246). Y agrega:

⁸ Borgogno (1999) manifiesta más específicamente: “Desde el principio mismo, junto con Winnicott y Fairbairn, y siguiendo los pasos de Ferenczi, de Suttie y de Middlemore, en *The nursing couple*, Paula Heimann enfatiza la “realidad” de la pareja y la del objeto pasado y presente, que nunca es simplemente una pantalla o espejo de las fantasías inconscientes” (Borgogno, 1999, p. 62).

⁹ El “tabú de la ternura” es una frase acuñada por Suttie para resaltar una “tendencia subyacente de anti-emocionalidad” (1935, p. 67) que según argumenta, caracterizaba no sólo la teoría freudiana sino más generalmente la cultura contemporánea occidental (y más específicamente la cultura científica). Miller (2007) describe el “tabú de la ternura” como el que “limita las manifestaciones de amor y afecto y racionaliza aquellos sentimientos que se las ingenian para expresarse” (Miller, 2007, p. 667). Más aún Young – Bruehl (2004) sugirió que la referencia a esta noción puede conducir hacia una nueva comprensión de las fuertes disidencias y críticas generadas por la teoría freudiana.

La separación del niño de sus padres (aún en un plano netamente moral o psicológico) puede implicar la pérdida de seguridad y satisfacción y de ese modo dar origen a la angustia que podemos llamar de un orden biológico o puramente realista. Pero además de ésta, está la angustia generada por la desaprobación, la pérdida del amor y del elogio. Ambas fuentes de angustia pueden encontrarse juntas en la vida posterior. [...] Varios escritores actuales han intentado iluminar y hasta cierto punto explicar las angustias –tanto biológicas como morales– que surgen de estas diversas formas de aislamiento de la sociedad; las consideran como continuaciones o renovaciones de los miedos más primitivos producidos en la infancia: a la soledad o separación de los padres. Suttie explícitamente conecta nuestra dependencia posterior de la sociedad con nuestra dependencia en la infancia y temprana juventud de los cuidados maternos, y sostiene que sufrimos de “angustia de separación” cuando sentimos que hemos perdido el amor de la madre o de la sociedad. (Flugel, 1945. p. 56)

Sin embargo, desafortunadamente, el libro de Flugel sufriría un destino similar al de Suttie, es decir, ser muy poco leído, y aún menos frecuentemente citado por la generación de psicoanalistas formados en la época de su publicación. Aún así Flugel logró diseminar sus ideas y vastos conocimientos tanto a través de la cátedra de psicología que dictaba en el University College London (UCL) –cátedra que introdujo al psicoanálisis a Marion Milner, entre otros (Parsons 2001, p. 609)– y, más adelante, a través de sus seminarios para candidatos en el Instituto de Psicoanálisis.

Flugel, a su vez, había sido alumno de William McDougall, otra figura destacada de la psicología académica británica. La obra de McDougall, también citada por Jones, tendría un rol trascendental en el desarrollo de las ideas de Flugel y Brierley¹⁰, posteriormente influenció a Edward Glover y Rycroft (Rayner, 1991). Es significativo que McDougall, fascinado por la teoría freudiana como muchos otros psicólogos de esa época, estuvo dispuesto, durante un tiempo, a unirse al grupo liderado por Jones, quien por entonces estaba reclutando nuevos adherentes al movimiento psicoanalítico en Gran Bretaña (Hinshelwood 1995, p.141). Solo podemos especular sobre las razones por las cuales McDougall, a diferencia de varios colegas y otros miembros de la Society for Psychical Research –incluyendo a Flugel, Joan Riviere, James Strachey, y otros futuros fundadores de la Sociedad Psicoanalítica Británica–,¹¹ decidió

¹⁰ Brierley también fue discípula de Flugel.

¹¹ La Society for Psychical Research fue fundada en 1882. Sus más activos promotores y fundadores fueron Frederic W. H. Myers (uno de los primeros científicos británicos que se interesaron sobre los trabajos de Freud y Breuer sobre la histeria) y el filósofo Henry Sidgwick. Ambos pertenecían a la elite intelectual de Cambridge. La sociedad desempeñó un papel clave en el desarrollo del psicoanálisis en Inglaterra.

eventualmente no unirse al movimiento psicoanalítico. Sin embargo puede haber tenido un rol importante en determinar esta decisión final de McDougall la desestimación crítica de Jones a sus ideas al caracterizarlas como “*emocionalismo*” (1925, p. 351). Esto sugiere que, también en este caso, veladamente está presente el “tabú de la ternura” en el grupo freudiano.

De ese modo, al igual que Suttie, McDougall puede ser considerado como otro pionero cuya obra fue frecuentemente ignorada por los psicoanalistas (y no solo por ellos). Después de todo, tal como Suttie mismo observó:

Los psicólogos ingleses, que permanecen sin vínculo con ninguna “escuela”, sufren una gran desventaja en cuanto a la falta de colaboración o aún de simple comprensión. Más aún (y en gran parte en consecuencia de ello), sufren en cuanto a prestigio y publicidad y son estigmatizados por los psicoanalistas como tibios, eclécticos y plagiadores individualistas de los descubrimientos freudianos (Suttie, 1935, p. 4).

En esta cita temprana de Suttie, que bien podría aplicarse al caso de McDougall, es también posible rastrear algunos elementos de la crítica que los analistas Independientes sufrirían, algunas décadas después, de “eclecticismo”, “falta de disciplina”, y de renuencia a exponerse a los reflectores y aceptar las glorias y responsabilidades que inevitablemente acompañan al liderazgo.

De todos modos, a pesar de que la obra de McDougall había sido en gran parte olvidada durante mucho tiempo, hay algunas importantes excepciones. Rycroft, por ejemplo, ha observado que McDougall ha sido “uno de los pocos psicólogos lo suficientemente audaz como para definir el amor”, clasificándolo como “un sentimiento” que describió como “una disposición organizada” y “una tendencia perdurable” a sentir emociones tiernas hacia su objeto (Rycroft 1971b, p.186; ver McDougall 1908, p.106). Por cierto, Rycroft adoptó esta definición cuando, en su ya citado ensayo *The Function of Words in the Psycho-Analytical Situation*, recalcó que el terapeuta debe comunicar un “sentimiento” auténtico al paciente, “en el sentido que le dieron a este término William McDougall y Alexander Shand, es decir, como disposición emocional organizada, duradera, que se mantiene de manera más o menos consistente, aun cuando puede sufrir perturbaciones pasajeras” (1958, p. 412).¹² Dicho sentimiento, concluye Rycroft, “puede considerarse como un desarrollo específico de esa

En 1893 publicó en sus *Proceedings* la primera traducción inglesa de *Estudios sobre la histeria* de Freud y Breuer. Más aún, en 1912 el mismo Freud se convirtió en miembro de la sociedad (Hinshelwood, 1995, p.136-137; Keley, 2001).

¹² Alexander F. Shand – un miembro fundador de la Sociedad Psicológica del UCL, junto con McDougall y Rivers (ver más abajo)– fue uno de los primeros psicólogos en proponer una distinción entre

parte componente de la capacidad para las relaciones interpersonales, que hacen del interés, preocupación y empatía por el objeto, una actividad espontánea y natural” (Rycroft, 1971b, p. 412).

A pesar de que Rycroft no lo enuncia abiertamente, su forma de expresar este “sentimiento auténtico” virtualmente reformula el lema de Ferenczi (frecuentemente citado por Suttie) según el cual “el amor del médico cura al paciente” (Suttie 1935, p.178). También con referencia a Ferenczi, Suttie llegó a decir que “la naturaleza del amor” debe “comprenderse como una *capacidad de respuesta al sentimiento de interés, no una sexualidad inhibida en su meta*. La cura, entonces, parecería ser *la restauración de esa confianza social que es la base del interés y la eliminación de la angustia de privación, que es la principal causa de perturbación del deseo sexual*” (Suttie, 1935, p.178).

La consideración de Joseph Sandler a las ideas de McDougall representa otra excepción al escaso interés que recibieron de la comunidad psicoanalítica. En su descripción de la “resonancia interpersonal” corporal y preverbal que se desarrolla entre pacientes y analista, Sandler recupera la noción de “simpatía¹³ primitiva pasiva” [*primitive passive sympathy*] que primero había descrito McDougall (Sandler 1993, 1101; ver McDougall 1908, 78 y sig.). Con respecto a esto, sin embargo, debe agregarse que Suttie, al observar las atenciones y respuestas recíprocas entre madre y bebé, se había centrado precisamente en ese tipo de lazo, al cual llamó “simpatía orgánica” [*organic sympathy*]. De hecho, Suttie llegó aún más lejos al declarar que “El niño no quiere de la madre una respuesta emocional *idéntica a su propio sentir*. De esa manera, una respuesta de “confianza” a su “miedo” es tranquilizadora *siempre y cuando* el niño sienta que su angustia ha sido plenamente percibida por su madre (aunque la respuesta de ella no sea estrictamente “simpática de manera estricta” [*sympathetically*]); lo destacado es que logró “hacerse entender” y encontró una respuesta adecuada” (1935, p. 64).¹⁴ Suttie luego profundiza su razonamiento al exponer *cómo* el

“emociones” y “sentimientos”, definiendo a estos últimos como “sistemas organizados de disposiciones emocionales”. McDougall (1908) comentó sobre la distinción de Shand, enfatizando que “lo que se quiere decir al manifestar que un ser humano ama u odia a otro es que es capaz de experimentar cualquiera de una serie de emociones y sentimientos en relación a ese otro, la naturaleza de la emoción depende de la situación del otro” (McDougall, 1908, p.106)

¹³ N. de E.: Corresponde el primer significado de simpatía del Diccionario de la Real Academia Española: Inclínación afectiva entre personas, generalmente espontánea y mutua.

¹⁴ Vale la pena preguntarse si el concepto de McDougall de “consonancia primitiva pasiva” puede considerarse un antecedente del concepto de “simulación corporizada” [*embodied simulation*] de Vittorio Gallese (2005, p. 243; ver también sus numerosos trabajos sobre este tema publicados en inglés). Además, el concepto de Suttie de que la respuesta materna (suficientemente) buena no es estrictamente imitativa, sino que corresponde a los sentimientos del bebé de forma transmodal, tiene una sorprendente similitud

bebé logra convencerse de que su propia angustia “ha sido comprendida perfectamente” y “ha encontrado una respuesta adecuada”:

Las palabras no bastan para producir la respuesta adecuada, aunque el tono y timbre de la voz son importantes. La rapidez de la respuesta, la disposición para la comprensión, las respuestas emocionales compasivas, aún la risa (no aquella del placer malicioso), la postura, el ancho y forma de la hendidura palpebral (ojos), la dilatación de las pupilas, la cantidad de líquido en los ojos como también la coloración y expresión facial, todos estos y otros signos que *aisladamente son insignificantes*, son intuitivamente apreciados como un todo armónico, y de ese modo producen en nosotros alguna reacción que es al mismo tiempo agradable y alentadora. (Suttie, 1935.p.73)

Las ideas de Suttie sobre la relación primaria madre-bebé y su rechazo del concepto de “instinto” indican con claridad que, en cuanto al desarrollo de una teoría de la mente infantil, Suttie ha llegado mucho más lejos que sus contemporáneos (incluyendo a Freud y McDougall). De hecho, en retrospectiva, sus ideas nos parecen mucho más modernas y avanzadas que las teorías corrientes de la psicología de su época. Por ejemplo, Suttie opina que de ningún modo el bebé está sujeto a “un conjunto de instintos que cooperan o compiten”, sino que se encuentra dominado por “la necesidad de retener a la madre” (1935, p. 15). Rechaza tanto el énfasis de Freud sobre “la pulsión sexual” como el de McDougall sobre el “instinto gregario” (la tendencia hereditaria e innata de los humanos a la socialización). En cambio sostiene que las actividades sociales –por ejemplo, el juego, la cooperación, la competencia y los intereses culturales en general– son “un desarrollo directo del apego primario-a-la-madre (Suttie, 1935, p. 16).

La perspectiva de Suttie respecto de las capacidades comunicativas y relacionales tempranas del bebé también revelan un enfoque teórico de la primera infancia que hoy en día parece mucho más adelantado que las ideas predominantes de su época. Tuvieron que pasar, sin embargo, varias décadas antes de que su postura teórica fuera respaldada por estudios empíricos de la relación entre la madre y el bebé (ver, por ejemplo, Riva Crugnola, 2007).

con la descripción de Daniel Stern (1985, p. 138 y subsiguientes) acerca de cómo, en un determinado momento del desarrollo (generalmente alrededor de los nueve meses de edad), en situaciones de salud la madre comienza a ampliar sus conductas más allá de la mera imitación para alcanzar una nueva categoría de conducta que Stern llama “entonamiento afectivo”, que promueve en el bebé un “sentimiento de *self* subjetivo”.

Otro entorno (igualmente importante) para el intercambio de ideas y experiencias psicoanalíticas

William H. R. Rivers fue uno de los patriarcas fundadores de la academia británica de psicología. En 1897 fue designado profesor de la primera cátedra de Psicología Experimental, establecida en la Universidad de Cambridge. En algunos aspectos, Rivers y Suttie tenían mucho en común –por ejemplo, ambos anticiparon algunos de los desarrollos más prometedores y pioneros en el psicoanálisis y la psicología contemporánea (y ambos vieron sus nombres injustamente eliminados de la literatura científica de los años subsiguientes)–. También compartieron una extraordinaria habilidad para comunicar sus ideas. En su breve panegírico para Rivers, Jones escribe:

Aunque el interés del Dr. Rivers por el psicoanálisis parece haberse despertado en circunstancias de su vida que no favorecieron que emprendiera un estudio profundo de éste, lamentamos con su muerte la pérdida de un hombre que hizo mucho para promover este estudio entre los jóvenes estudiosos del psicoanálisis, que fue un distinguido caballero de las ciencias en otras disciplinas y que fue poseedor de una personalidad tan fuertemente carismática que ninguna persona que lo haya conocido olvidará jamás. (Jones, 1922, p. 408)

En 1898, Rivers eligió como asistente al joven McDougall para una afamada expedición científica al Estrecho de Torres, en el archipiélago de Indonesia (Rayner, 1991; Hinshelwood, 1995). A diferencia de McDougall, Rivers se uniría más tarde a la Sociedad Psicoanalítica Británica, dándole un ímpetu decisivo a la propagación del psicoanálisis en Gran Bretaña en las primeras décadas del siglo veinte. En efecto, tempranamente, durante la Primera Guerra Mundial, cuando dirigía el Hospital Militar Craiglockhart de Edimburgo comenzó a experimentar con la *cura por la palabra* freudiana en las “neurosis de guerra”. En 1916, un cadete del ejército, de veinte años de edad, de nombre Ronald Fairbairn, visitó Craiglockhart y quedó tan impresionado por lo que vio allí que posteriormente decidió comenzar a estudiar medicina de manera de conseguir calificarse y poder practicar como psicoterapeuta. Como señala Hilary Beattie, en un trabajo en el cual indaga los orígenes de la teoría de Fairbairn:

Es probable que Fairbairn nunca volviera a encontrarse con Rivers pero siguió su obra y la analizó exhaustivamente en su tesis para doctorarse en Medicina, en 1928. [...] El hecho de que Fairbairn desarrollara un interés por las culturas primitivas y se convirtiera en socio vitalicio del Royal Anthropological Institute, tal como fue Rivers, sugiere algún grado de identificación” (Beattie, 2003, p. 1177).

Sylvia Payne (1957, p. 9-10) ha escrito que, al igual que Fairbairn, John Rickman también conoció el psicoanálisis a través de Rivers. De hecho, fue a sugerencia de Rivers que, en 1920, Rickman decide mudarse a Viena para comenzar su análisis con Freud. Unos años más tarde Rickman supervisó la traducción que hizo Jane Suttie del segundo tomo de las obras completas de Ferenczi (Jane fue la segunda esposa de Ian), y luego, en 1928, Rickman se muda a Budapest para hacer un reanálisis con Ferenczi. Es totalmente probable que fueran sus experiencias con maestros tan destacados las que lo llevaron a repetir, a lo largo de su vida, que en psicoanálisis, las enseñanzas más preciadas son transmitidas verbalmente y a través del “contacto directo”. Teniendo en mente este comentario, la observación aparentemente extravagante de Rickman sobre la obra de Suttie, puede considerarse una forma particularmente elogiosa¹⁵

En más de veinticinco años dedicados a escuchar y cuidar las ediciones de los escritos, sólo recuerdo dos que se ‘leían’ bien luego de impresos y se ‘escuchaban’ bien en la sala de conferencias. Los textos escritos a máquina del fallecido Ian Suttie estaban marcados como si se tratara de una partitura musical con la métrica y los acentos a seguir, un objeto que parecía artificioso pero que, al momento de la lectura pública fluía con elegancia para el oído y que una vez impreso, sin sus marcas agregadas, era agradable para los ojos [...]. Esto no es algo sin importancia. (Rickman, 1951, p. 228)

La red de relaciones, altamente compleja, del psicoanálisis británico del siglo XX, se hace más evidente cuando se considera que Rickman fue el primer analista de Wilfred Bion (como también el analista de Pearl King). Rickman fue también el mentor de Bion en el Hospital Militar de Northfield, un lugar cuya importancia se debe no sólo a su record de tratamientos exitosos de las “neurosis de guerra” sino también a que toda una generación de analistas hizo allí su formación, muchos de los cuales luego serían fundadores del Instituto Tavistock de Relaciones Humanas.¹⁶

¹⁵ De forma similar, John R. Rees, que fue Director Médico de la Clínica Tavistock de Londres cuando Suttie trabajaba en ella, enfatizó en el panegírico a Suttie, la “preparación prodigiosa” de sus presentaciones orales y escritas, así como el “vigor incansable” con el que participó en los seminarios y encuentros de discusión que, a menudo, él mismo organizaba en la Clínica (Heard 1988, p. xxxvii). La Clínica Tavistock proporcionó el ambiente donde Suttie pudo desarrollar y comunicar sus ideas sobre la práctica terapéutica. Al ser una clínica pública dentro del Servicio Nacional de Salud, la Tavistock tenía una tendencia a adoptar un enfoque flexible que se adecuaba más a las necesidades de sus pacientes que a preservar un método psicoanalítico “puro”. Por este motivo, tanto Jones como Edward Glover no veían a la Clínica con buenos ojos, al extremo de prohibirle a los candidatos, durante años, tomar parte de cualquiera de sus actividades. “Regla” que fue rota cuando Bion simplemente se negó a cumplir con el mandato de Jones, sin sufrir ninguna penalidad por ello. (Rayner, 1991).

¹⁶ A lo largo de los años, varias figuras destacadas en el mundo de la psiquiatría y el psicoanálisis trabajaron en el Instituto Tavistock de Relaciones Humanas: una breve lista incluye a Wilfred Bion, John Sutherland, John Bowlby, Charles Rycroft, y Ronald Laing.

La experiencia llevada a cabo con grupos de oficiales y de soldados probablemente influyó en la tentativa personal de Bion de responder a una pregunta que Suttie se había hecho más de treinta años antes: “¿Por qué razón estamos reunidos en un grupo si de verdad somos esta suerte de monstruos mitológicos que responden al nombre de ‘individuos independientes?’” (Suttie, 1935, p. 112).

Suttie y la “inversión” de la visión del bebé freudiano

Borgogno responde a la pregunta de Bion/Suttie arriba formulada diciendo que para Bion, como para Suttie, “la mente es extensa”, o sea es “un evento interpersonal, más que intrapsíquico y personal. Implica depender de un otro, alguien que transmite y recibe un mensaje a ser verbalizado y comunicable. (Borgogno, 1999, p. 117).

En síntesis, Suttie enfatizó que “la mente es social y la sociedad es mental” (1935, p.13), y que esta interconexión entre el individuo y la sociedad tiene sus raíces en el período de dependencia temprana del niño de su madre. Este lazo –la relación primaria madre-hijo– es por cierto, desde el mismo primer momento, “una relación a dos vías”: como “la madre da el pecho, también el bebé *da la boca*, que es igualmente necesaria para la *transacción* del amamantar” (Suttie, 1935, p. 38)

Debe saberse, sin embargo, que de acuerdo con Suttie el elemento económico de “mero intercambio” (la relación costo/beneficio) es *menos* importante que el hecho de la “relación con el otro”. “*Si la leche viene de ‘buena gana’*, que haya una sustancia que se transfiere desde el cuerpo de la madre al cuerpo del bebé es intrascendente para la mente de este último. Nunca se piensa el amamantar como ‘el sacrificio de la madre’ ni como una obligación gravosa” (Suttie, 1935, p. 38). Este es el núcleo del “dar vuelta la perspectiva freudiana” que hace Suttie, quien efectivamente promulga una perspectiva alternativa que lenta pero implacablemente ha logrado hacerse un lugar en la comunidad psicoanalítica. Como escribe Suttie:

No es verdad que buscamos el amor de otras personas por el poder que eso nos da de impulsarnos a hacer ciertas cosas para nosotros, y por lo tanto de reducirlas a nuestro servicio, antes bien es verdad todo lo contrario: impulsamos a los otros a hacer ciertas cosas para nosotros, acaso también inútiles, con el único propósito de sentirnos seguros de su amor. En otras palabras, se puede decir que buscamos influir, impresionar o complacer a los otros con el objetivo de demostrarnos a nosotros mismos que somos amados, es decir, buscamos el poder como camino para lograr el amor a través de la angustia neurótica, y no el amor como medio para el poder (Suttie, 1935, p. 49).

En todo caso, el “principio económico” no puede ser totalmente obviado, debido a que en una etapa posterior el bebé se ve gradualmente obligado a distinguir el “*self*” del “no-*self*”, y de ese modo comienza a apreciar la diferencia entre lo que es “verdaderamente experimentado en el presente” y lo que es solo recordado o “fantaseado”; en otras palabras, comienza a “diferenciarse” a sí mismo de su madre y a reconocerla como un ser separado e independiente. Este proceso crítico de separación se desencadena por la inevitable “decepción” de las expectativas e ilusiones del infante: una clase de “decepción” que “frustrando deseos y propósitos, obstaculiza o previene repetirse a sí mismo el placer recordado y deseado en forma de *experiencia sensorial*” (Suttie, 1935, p. 28). “*Si se le ofrece un sustituto más social pero igualmente seguro*” (Suttie, 1935, p. 74), el niño renunciará fácilmente a este placer primario y a este sentimiento de seguridad proporcionado por los cuidados maternos.

Suttie sostiene que durante la delicada etapa en la que el infante se separa progresivamente de su madre e intensifica su contacto con el mundo exterior, se alternan momentos de “desengaño” o “decepción” con momentos de “reconciliación”. Utilizando terminología más reciente de Milner (1952), uno puede definir a éstos como “momentos de ilusión”, es decir:

Momentos de reunión, de reunificación, [at-one-ment] en los cuales la interacción no es en modo alguno competitiva. En estos momentos no se cuestiona la ‘equidad del intercambio’ respecto de los beneficios conferidos o las obligaciones contraídas, ni se puede decir que es ‘mejor dar que recibir’ puesto que todo regalo es de hecho una ganancia; cada transacción se salda inmediatamente, el niño es plenamente solvente y no hay literalmente ocasión para la angustia. En esta fase el poder carece de significado, como los créditos y débitos. No hay crítica, por lo que “bondad” y “maldad” son inexistentes. Es la edad (o “momento”) de la inocencia (Suttie, 1935, p. 50).

Desde la perspectiva de Suttie, estos estados de “responsividad absoluta” en los cuales “la *necesidad de dar* es tan vital [...] como la *necesidad de recibir*” (1935, p. 53) continúan teniendo un valor integrativo importante aún en la vida adulta. No sólo son típicos de las relaciones amorosas (que Suttie considera basadas primariamente en la ternura, más que en la sexualidad), sino que también forman parte del juego (Winnicott), de las artes (Milner), de la actividad imaginativa (Rycroft), y de todas aquellas actividades humanas fundamentales que Winnicott (1953) llamó “transicionales”, actividades que también fueron significativamente exploradas por Suttie. Sin embargo, cuando este proceso de “parto” o “destete psíquico” del infante es demasiado prematuro o abrupto, puede ser traumático (Suttie 1935, p. 86 y sgtes.). En esos casos, la pérdida repentina del *sentimiento de seguridad* del bebé puede ocasionar un verdadero

“derrumbe” (ver también Winnicott, 1974) debido a la excesiva *angustia de separación* que implica. Con respecto a esto, Suttie expresó:

Esto por una parte constituye una tentación de abandonar la lucha en favor de sueños regresivos (demencia precoz) o de cultivar las más variadas formas de invalidez (histeria). O por otro lado, puede conducir a una competitividad celosa, la búsqueda de poder, posición, “prestigio”, posesión. El amor se ha vuelto ahora agresivo, ansioso, ávido (Suttie, 1935, p. 75).

Suttie continúa diciendo que si los padres fuerzan a sus niños a crecer demasiado rápidamente –esto es, antes de que hayan tenido tiempo de “crecer más allá de su infantilidad”– y sustituyen “el ideal del deber por el del buen compañerismo”, establecen entonces “una moralidad de la culpa y la desconfianza en lugar de aquélla de la benevolencia y la confianza”, inconscientemente les impartirán sus propias “inhibiciones de los sentimientos de ternura” (Suttie, 1935, pp. 75-76). Al poner este punto crucial Suttie (y también en la perspectiva de Ferenczi) explícitamente advierte a los psicoterapeutas y psicoanalistas que bajo ninguna circunstancia deberían hacer concesiones al “tabú de la ternura” rechazando los afectos y necesidades arcaicas de sus pacientes. Ciertamente, si realmente *hicieran* esas concesiones, terminarían simplemente desanimando aún más a sus pacientes, destruyendo sus esperanzas de alguna vez ser capaces de recibir y dar ese amor que tan desesperadamente necesitan y del que están famélicos, en última instancia, su razón para buscar ayuda.¹⁷

De manera incuestionable la obra de Ian Suttie se adelanta a su época: sus ideas nucleares sobre la infancia y la naturaleza del sufrimiento mental llegarán a ser, décadas más tarde, los rasgos distintivos del marco teórico articulado por el grupo heterogéneo de analistas conocidos bajo el nombre de Británicos Independientes (Rayner, 1991). Puede incluso sostenerse que Suttie representó el prototipo del analista Independiente, combinando el conocimiento en profundidad y el interés en la teoría freudiana con una típica “estructura de sentimiento” firmemente basada tanto en las sólidas raíces psicológicas y psiquiátricas británicas como en la tradición psicoanalítica húngara forjada en el legado de Ferenczi.

¹⁷ No he encarado en este trabajo el tema de la reiteración en la práctica clínica de los conceptos de Suttie que he expuesto, reiteración a la cual Suttie dedica un amplio espacio en su libro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bacal, H. A., & Newman K. M. (1993[1990]). *Teorie delle relazioni oggettuali e psicologia del Sé*. Torino: Bollati Boringhieri.
- Beattie, H. J. (2003). 'The repression and the return of bad objects': W. R. D. Fairbairn and the historical roots of theory. *International Journal of Psychoanalysis*, 84(5), 1171-1187.
- Bollas, C. (1999[1996]). Introduzione. En: N. Coltart, *Il bambino e l'acqua del bagno: saggi di psicoanalisi*. Roma: Astrolabio
- Borgogno, F. (1995), Prefazione all'edizione italiana. En: E. Rayner, *Gli Indipendenti nella psicoanalisi britannica* (pp. ix-xxiv). Milano: R. Cortina.
- Borgogno, F. (1999). *Psicoanalisi come percorso*. Torino: Bollati Boringhieri [Versión castellana: (2001). *El psicoanálisis como recorrido*. Madrid: Síntesis].
- Borgogno, F. (2007). Ian D. Suttie: un pioniere. En: I. D. Suttie, *Le Origini dell'amore e dell'odio* (pp. 221-227). Torino: Centro Scientifico Editore.
- Bowlby, J. (1988). Foreward. En: I. D. Suttie, *The origins of love and hate* (pp. xv-xviii). London: Free Association.
- Brierley, M. (1933a). Ian D. and Jane I. Suttie. 'The mother: Agent or object?' *British Journal of Medical Psychology*, 1932, vol. XII, p.91 [Abstract]. *International Journal of Psychoanalysis*, 14(2), 263.
- Brierley, M. (1933b), Ian D. Suttie. 'Religion, racial character and mental and social health'. *British Journal of Medical Psychology*, 1932, vol. XII, pp.289-314 [Abstract]. *International Journal of Psychoanalysis*, 14(3), 415-416.
- Brierley, M. (1934), Ian D. and Jane I. Suttie. 'The mother: Agent or object?' II. *British Journal of Medical Psychology*, 1932, Vol. XII, p.199-233 [Abstract]. *International Journal of Psychoanalysis*, 15(2/3), 309.
- Brierley, M. (1990[1937]). Gli affetti nella pratica clinica. En: M. Brierely, *Orientamenti teorici in psicoanalisi*. Roma: Borla.
- Clarke, G. S. (2006). *Personal relations theory: Fairbairn, McMurray and Suttie*. New York: Routledge.
- Ellenberger, H. F. (1976[1970]). *La scoperta dell'inconscio*. Torino: Bollati Boringhieri.
- Flugel, J. C. (1945). *Man, morals and society: a psycho-analytical study*. New York: International University Press.
- Fuller, P. (1985)]. Introduction. En: C. Rycroft, *Psycho-analysis and beyond* (pp. 1-38). Chicago: University of Chicago Press.
- Gallese, V. (2006), La molteplicità condivisa: dai neuroni mirror all'intersoggettività. En: A. Ballerini, F. Barale, V. Gallese, S. Ucelli (Eds.), *Autismo: l'umanità nascosta* (pp. 207-220). Torino: Einaudi.

- Heard, D. (1988). Introduction: historical perspectives. En: I. D. Suttie, *The origins of love and hate* (pp. xix–xl). London: Free Association.
- Heimann, P. (1992[1949]). Il controtransfert. En: P. Heimann, *Bambini e non più bambini*. Roma: Borla. [Versión castellana: (1961-1962). Contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 137-176].
- Hinshelwood, R. D. (1995). Psychoanalysis in Britain: points of cultural access, 1893-1918. *International Journal of Psychoanalysis*, 76(1), 135-151.
- Jones, E. (1922). Obituary: W. H. R. Rivers. *International Journal of Psychoanalysis*, 3(1/4), 408.
- Jones, E. (1925). [Reseña de Problems of personality: studies in honour of Dr. Morton Prince. Edited by C. MacFie Campbell, M.A., M.D., H. S. Langfeld, Ph.D., Wm. McDougall, D.Sc., F.R.S., A. A. Roback, A.M., Ph. D., E. W. Taylor, A.M., Ph.D. (Kegan Paul & Co., London ; Harcourt, Brace & Co., New York, 1925. Pp. 434. Price 18s.)]. *International Journal of Psychoanalysis*, 6(3), 349-351.
- King, P. (1978). Affective response of the analyst to the patient's communications. *International Journal of Psychoanalysis*, 59(2/3), 329-334.
- McDougall, W. (1948[1908]). *An introduction to social psychology* (29a ed.). London: Methuen.
- Miller, G. (2007). A wall of ideas: the “taboo on tenderness” in theory and culture. *New Literary History*, 38(4), 667-681.
- Miller, G. (2008). Scottish psychoanalysis: a relational religion. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 44(1), 38-58.
- Milner, M. (1952). Aspects of symbolism in comprehension of the not-self. *International Journal of Psychoanalysis*, 33(2), 181-194.
- Payne, S. M. (1957[1921-1951]). Foreword. En J. Rickman, *Selected contributions to psycho-analysis* (pp. 9-16). New York: Basic Books.
- Parsons, M. (2001). Marion Milner: 1900-1998. *International Journal of Psychoanalysis*, 82(3), 609-611.
- Rayner, E. (1995[1991]). *Gli Indipendenti nella psicoanalisi britannica*. Milano: R. Cortina.
- Rickman, J. (1951). Reflections on the function and organization of a psycho-analytical society. *International Journal of Psychoanalysis*, 32(3), 218-237 [Versión castellana: (1959). Reflexiones sobre la función y organización de una sociedad psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis*, 16(2), 147-175].
- Riva Crugnola, C. (2007). *Il bambino e le sue relazioni: attaccamento e individualità tra teoria e osservazione*. Milano: R. Cortina.
- Rudnytsky, P. (1991). *The psychoanalytic vocation: Rank, Winnicott and the legacy of Freud*. New Haven: Yale University Press.

- Rycroft, C. (1973[1958]). Una ricerca sulla funzione delle parole nella situazione psicoanalitica. En: *Immaginazione e realtà*. Roma: Newton Compton [Versión castellana: (1961-1962). Investigación acerca de la función de las palabras en la situación psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(2), 333-349].
- Rycroft, C. (1972[1971a]). *Che cosa ha veramente detto Reich*. Roma: Astrolabio.
- Rycroft, C. (1986[1971b]). The naked ape strikes again. En: *Psychoanalysis and beyond* (pp. 144-188). Chicago: University of Chicago Press.
- Sandler, J. (1993). On communication from the patient to the analyst: not everything is projective identification. *International Journal of Psychoanalysis*, 74(6), 1097-1107 [Versión castellana: (1994). Acerca de la comunicación del paciente con el analista: no todo es identificación proyectiva. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 9, 173-181].
- Shaw, D. (2003). On the therapeutic action of analytic love. *Contemporary Psychoanalysis*, 39(2), 251-278.
- Suttie, I. D. (1988[1935]). *The origins of love and hate*. London: Free Association Books [Versión castellana: (2007). Los orígenes del amor y del odio. Madrid: Obelisco].
- Winnicott, D. W. (1974[1953]). Oggetti transizionali e fenomeni transizionali. En: *Gioco e realtà*. Roma: Armando. (2009[1953]). [Versión castellana: (2009). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En: *Realidad y Juego* (pp. 17-45). Barcelona: Gedisa].
- Winnicott, D. W. (1995[1963]). La paura del crollo. En: C. Winnicott, R. Sheperd, M. Davis (Eds.), *Esplorazioni psicoanalitiche*. Milano: R. Cortina. [Versión castellana: (1991). El miedo al derrumbe. En: *Exploraciones psicoanalíticas* (Vol. 1, pp. 111-121). Buenos Aires: Paidós].
- Wallerstein, R. (1988). One psychoanalysis or many?. *International Journal of Psychoanalysis*, 69(1), 5-21. [Versión castellana: (1988). ¿Un psicoanálisis o muchos?. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 4, 1-15].
- Whittle, P. (1997). W. H. R. Rivers: a founding father worth remembering. *Science as Culture*. Recuperado 2 de marzo de 2012 de <http://human-nature.com/science-as-culture/whittle.html>.
- Whittle, P. (1999). Experimental psychology and psychoanalysis: what we can learn from a century of misunderstanding. *Neuro-Psychoanalysis: An Interdisciplinary Journal for Psychoanalysis and the Neurosciences*, 1(2), 233-246.
- Young-Bruehl, E. (2004). The "taboo on tenderness" in the history of psychoanalysis. En: M. Bergmann (Ed.), *Understanding dissidence and controversy in the history of psychoanalysis* (pp. 229-248). New York: Other Press.